

La historia de *The Story of Art*. Algunos recuerdos del profesor Ernst H. Gombrich

Medio siglo de éxito editorial.

En 1950 la editorial Phaidon de Londres publicaba la primera edición de *The Story of Art*, sin sospechar que con el paso del tiempo se convertiría en el libro de arte más vendido en el mundo anglosajón y que sería traducido, hasta el momento en treinta lenguas.

La enorme difusión del libro, y lo que es más importante, las continuas reediciones —más de doscientas—, han hecho de este libro en un clásico de la literatura artística; un libro imprescindible para todo aquel que desee iniciarse en el conocimiento de la historia del arte. Sirva como muestra de su difusión que en castellano, publicada con el título *La historia del arte*, se han realizado diecisiete ediciones.

El éxito de este libro se debe, sin duda alguna, a la brillantez literaria de su autor, el profesor Ernst H. Gombrich, y a su deseo de escribir, no un texto erudito, sino un libro dirigido a toda clase de gentes, y en especial a aquellos jóvenes —o personas menos instruidas— que con su lectura quisieran iniciarse en el “terreno fascinante y extraño” del arte. Para conseguir este propósito, Gombrich utiliza en su libro un lenguaje sencillo y elegante; realiza una exigente selección de los datos más relevantes —acontecimientos culturales, obras y artistas— con el fin de no abrumar al lector con una acumulación de hechos difíciles de retener; procura mostrar una secuencia lógica del transcurrir histórico, de acuerdo con las intenciones artísticas que pudieran haber influido en los artistas del momento; se exige comentar o citar tan sólo aquellas obras que aparecen ilustradas en el texto; y evita, por último, algo muy difícil de encontrar en los que escriben sobre arte: la tentación de ser original y de impresionar con el recurso a una retórica sentimental, plagada de arrebatos estéticos y frases grandilocuentes.

El resultado fue un libro brillante y ameno, que invita a su lectura desde las primeras páginas, y que sabe captar la atención del lector ante el acontecer en el mundo del arte. Los críticos de arte de las revistas y prensa especializada —como los del *Times Literary Supplement*, el *Journal of Aesthetics*, o el *Burlington Magazine*— saludaron con entusiasmo la aparición del libro en aquel año 1950; afirmando —sin equivocarse— que sería un libro importante, y que gozaría de una gran popularidad.

Pero si conocidas son las virtudes de este libro, no lo es tanto su historia; por qué un erudito, un investigador del *Warburg Institute* de la Universidad de Londres, especialista en la tradición clásica, en psicología del arte, en la cultura y arte del Renacimiento en Italia, escribió tal libro. Por ello en este pequeño artículo, elaborado tras una larga entrevista con el profesor Gombrich en su casa de Londres, pretendemos contar esta historia. Una historia que comienza en Viena, en los años treinta, cuando su protagonista contaba tan sólo veinticinco años, y que termina en Londres, quince años después, con la publicación del libro.

En la Viena de entreguerras

Ernst Gombrich había nacido en Viena en 1909. Su padre fue un conocido abogado de amplia formación cultural y artística, que solía llevar a su hijo, desde muy pequeño, a visitar en los días de fiesta los monumentos arquitectónicos de la ciudad y de los alrededores, o a contemplar las riquezas del Museo de Arte. Su madre era profesora de piano y mantenía un estrecho contacto con músicos y compositores que, con relativa frecuencia, se reunían en su casa. No es extraño, por tanto, que

Gombrich asimilara desde su infancia los amplios valores culturales y artísticos que se vivían en su hogar vienés. Educado en el prestigioso *Theresianum*, cursó sus estudios de historia del Arte en la Universidad de Viena, doctorándose en 1933 con una tesis sobre el pintor y arquitecto italiano Giulio Romano y la construcción del *Palazzo del Te* en Mantua..

A pesar de lo mucho que se ha escrito en los últimos años sobre el apasionante y enriquecedor momento cultural de la Viena de entreguerras, Gombrich no comparte esa visión deformada y optimista de aquellos años. Recuerda, más bien, una época de dificultades, de inestabilidad política y social, de carestía y de paro, que preludiaban los trágicos acontecimientos que tendrían lugar tras la anexión de Austria por Hitler el año 1938.

En tales circunstancias, las perspectivas de encontrar un trabajo para un licenciado en Historia del Arte eran prácticamente nulas. En consecuencia, Gombrich ocupaba su tiempo colaborando en algunos trabajos de investigación que el profesor Ernst Kris llevaba a cabo, redactando sus primeras reseñas bibliográficas y artículos para revistas especializadas, y dando algunas conferencias. La necesidad de obtener algunos ingresos le obligaba a aceptar cualquier trabajo relacionado con su profesión; y así fue como llegó a escribir su primer libro.

El editor Walter Neurath trabajaba por entonces en la publicación de libros bajo el título de *Wissenschaft für Kinder*, algo así como “El saber al alcance de los niños”. Alguien le sugirió publicar dentro de aquella colección un libro inglés, *History of World*, por lo que acudió a Gombrich por si quería hacer la traducción al alemán, aceptando éste el compromiso. Tras leer unas cuantas páginas le dijo a Walter Neurath —con una osadía que Gombrich suele atribuir a su juventud— que en su opinión el libro era horrible, y que él mismo podría escribir uno mucho mejor. El editor le tomó la palabra, y le pidió que escribiera un capítulo como prueba. Gombrich escogió el capítulo dedicado a la época de las caballería, redactando un relato muy colorista. Nuestro autor reconoce que tenía muy claro lo que debía lograr en cada capítulo, pues hacía algún tiempo que se entretenía escribiendo largas cartas a la hija pequeña de unos amigos íntimos, en las que le iba contando su tesis doctoral en forma de un cuento de hadas en el que un príncipe construía un castillo.

El caso es que a Neurath le gustó aquel capítulo y le hizo un contrato, con la condición que tuviera el manuscrito completo en seis semanas. Gombrich recuerda que aceptó ese reto como una clase de desafío, y con la ayuda de una simple enciclopedia, y con una selección de textos que procedían de las épocas que trataba en cada capítulo, consiguió finalizar el libro en el plazo previsto, escribiendo a razón de un capítulo diario.

El libro se publicó en 1936 con el título de *Weltgeschichte von der Urzeit bis zur Gegenwart* y tuvo un éxito inesperado, traducándose a varias lenguas —holandés, sueco, danés, noruego, checo y polaco— hasta que el *Anschluss* en 1938 puso fin a aquellas ediciones. Gombrich piensa que su popularidad se debió a lo descabellado de la empresa, a su intento de escribir un relato de algo vivo y lleno de realismo, y a la convicción que tenía —y sigue teniendo— de que todo puede expresarse en un lenguaje sencillo, que hasta un niño pueda entender. Para él no deja de ser sorprendente que se haya vuelto a reeditar con éxito en Alemania en 1985, tras cincuenta años, y que a continuación se haya traducido a trece lenguas, entre ellas la versión en castellano, *Breve historia del mundo*, de la editorial Península en 1999.

Pero antes de su publicación, los editores le preguntaron a Gombrich si podría escribir una historia del arte para niños, similar a su historia universal. Gombrich contestó que no podría hacerlo, ya que, en su opinión, una historia del arte difícilmente podía adaptarse a la mentalidad e intereses de los

niños. Pensaba, con razón, que si bien una historia del mundo podía narrarse mediante una sucesión de hechos atractivos, gestas de los conquistadores e incidentes emocionantes, esto no podía hacerse con el arte. Un niño —afirma Gombrich— no tiene distancia histórica para distinguir, por ejemplo, un cuadro de otro pintado tres siglos antes, ni creo que se le deba indicar qué es lo que debe ver y valorar, y mucho menos explicarle sus cualidades formales. Un niño no piensa de este modo, ni siquiera tiene las nociones para pensar así.

Con gracia, Gombrich recuerda que los editores, ante su contestación, elevaron el precio del contrato; por lo que comenzó a pensar que quizá fuera capaz de escribir tal libro, haciendo énfasis en los temas e historias narradas en las imágenes, e intentando construir algo así como un mapa del arte que les sirviera como un primer horizonte, una plataforma en la que poder insertar sus posteriores conocimientos. Un libro pensado, no tanto para los niños, como para aquellas personas —jóvenes o no— que quisieran introducirse con su lectura, por vez primera, en el mundo del arte.

Londres (1936-1945)

Pero la difícil situación política —especialmente delicada para aquellos que tenían ascendientes judíos— le llevaron a aceptar, urgido por su amigo Ernst Kris, un puesto de investigador ayudante en el *Warburg Institute*, recientemente trasladado de Hamburgo a Londres a causa de la persecución de los nazis. Gombrich llegó a Londres en enero de 1936 para trabajar en las notas y manuscritos que Aby Warburg —fundador del Instituto— había dejado inacabados con su muerte.

No obstante, Gombrich siguió trabajando con la idea del libro; llegando a presentar a los editores de Viena, en un viaje a su ciudad, una muestra de algunos capítulos; pero con los acontecimientos políticos de 1938 tuvieron que abandonar el proyecto. Por consejo de Elizabeth Senior tradujo algunos capítulos al inglés, presentándolos a la editorial Faber; sin embargo, al final, los editores ingleses no se animaron con la idea del libro. El comienzo de la guerra y su incorporación a los servicios de escucha y propaganda de la BBC le hicieron olvidarse, por el momento, del libro; dándose la triste circunstancia de que en un bombardeo aéreo de Londres falleció Elizabeth Senior, perdiéndose en las ruinas de la casa aquellos capítulos de prueba.

Pasado el tiempo, durante el transcurso del conflicto bélico, y en una visita ocasional a Oxford, Gombrich se encontró por la calle con el Dr. Bela Horovitz, fundador de la prestigiosa editorial Phaidon Press de libros de arte, que residía en esa ciudad. Como todo el mundo se encontraba ocupado en la guerra, Horovitz no tenía manuscritos para publicar, por lo que en el transcurso del almuerzo le preguntó a Gombrich si tenía algún texto que pudiera editar; nuestro autor le habló de su antiguo proyecto de escribir una historia del arte para jóvenes, del que ya había redactado unos cuantos capítulos. A pesar de que el momento no era el más adecuado para pensar publicar ningún tipo de libros —y menos libros para niños—, el editor le pidió uno de aquellos capítulos, diciéndole que se lo daría a leer a su hija que tenía dieciséis años, y que si a ésta le gustaba, se plantearía su posible publicación. El caso es que a su hija le gustó mucho el capítulo de prueba, y el Dr. Horovitz le hizo el encargo, entregándole un anticipo de cincuenta libras.

Gombrich debió dejarse llevar por el entusiasmo en aquella conversación con Horovitz, pues su trabajo en la BBC, como radioescucha de las emisoras alemanas, le obligaba a trabajar durante toda la noche y parte del día en esta tarea. Los meses pasaban y no acababa de encontrar el suficiente tiempo para abordar el encargo. Gombrich comenta que, en esas circunstancias, llegó a serle difícil visitar Oxford —donde vivían sus padres, también emigrados—, ante el temor de encontrarse a Horovitz por las calles de la ciudad. Sin tiempo, y sin suficiente entusiasmo por el libro, Gombrich

escribió una carta a Horovitz, diciéndole que no podía escribir el libro y que, en cuanto pudiera, le devolvería su anticipo. Horovitz tan sólo me comentó: “yo no quiero sus cincuenta libras esterlinas, quiero su manuscrito”. Algo más tranquilo con su contestación, logré sacar algún tiempo para redactar algunos capítulos más, pero las ocupaciones me obligaron a dejarlo de nuevo de lado; y así quedaron las cosas.

La redacción definitiva

Finalizado el conflicto, Gombrich volvió a reincorporarse a su trabajo en el *Warburg Institute*, con responsabilidades docentes y de investigación, y la tarea común de convertir aquel centro —formado en gran parte por especialistas del arte y de la cultura emigrados de Centroeuropa— en un prestigioso departamento de la Universidad de Londres. Es comprensible, en consecuencia, que cuando Gombrich le habló al director del Instituto —el eminente profesor Fritz Saxl— de su proyecto de escribir una historia de divulgación, éste le dijera que en ningún caso quería que un miembro de su Instituto se dedicara o fuera conocido por libros de divulgación.

Pese a ello, Gombrich tenía un compromiso, largamente pospuesto, con Bela Horovitz, y estaba dispuesto a acometer la tarea en aquel año de 1946. Ante la ausencia de tiempo, contrató a una secretaria a la que comenzó a dictarle, tres veces a la semana, los distintos capítulos del libro.

Tal vez el éxito del libro estriba en que Gombrich lo redactó de memoria, casi sin consultar textos de referencia. De esta forma —como alguna vez ha explicado— su memoria actuó de filtro, haciendo que la redacción adquiriese esa estructura de relato, centrado tan sólo en las grandes figuras y en las obras más relevantes. Preparaba la estructura de cada capítulo a partir de una selección de las ilustraciones que tenía al alcance de la mano en su casa, la mayoría de ellas tomadas de la *Propylaën Kunstgeschichte*. Con estas imágenes iba improvisando los comentarios que dictaba, en estilo sencillo, casi coloquial, a su secretaria.

Gombrich suele comentar, al recordar este peculiar sistema de redacción, que no tenía ningún interés por escribir un manual, algo así como un libro de texto, ni siquiera una obra de éxito; tan sólo una *Story*, un relato, una narración amena sobre el arte y los artistas. De hecho, si hubiera sospechado el elevado número de lectores que llegaría a tener el libro, nunca habría llegado a escribirlo, pues hubiera tenido que sopesar cada palabra con extremo cuidado. Fue, precisamente, el no dar excesiva importancia a su libro la clave de su éxito.

Una vez finalizada la redacción del manuscrito se planteó serias dudas sobre la calidad del mismo, llegando a pensar que no merecía la pena su publicación. Le parecía que faltaba algo; su comienzo con el arte prehistórico y primitivo era muy brusco...; de ahí que se le ocurriera introducir, justo antes de entregárselo al editor, un artículo sobre el conocimiento del arte que había escrito meses antes pensando en otro libro. Este artículo, adaptado a modo de presentación, constituye el magnífico capítulo introductorio de *The Story of Art*, en el que Gombrich nos explica brevemente qué es el arte y nos ofrece el hilo conductor por el que discurrirá su narración.

Cuando meses después Gombrich recibió las primeras pruebas de imprenta de su libro, quedó francamente desilusionado. Habían maquetado el texto de forma continua, situando las ilustraciones en el extremo inferior de las páginas, todas juntas, en un formato muy pequeño. No era fácil devolver las pruebas a los editores, conociendo el carácter severo del Dr. Horovitz; sin embargo, Gombrich fue a verlo, le enseñó las pruebas de maquetación y le dijo que así no podía publicarse el libro.

“Horovitz estuvo totalmente de acuerdo conmigo”, cuenta Gombrich, y sentado en una mesa comenzó a indicar con lápiz el tamaño que debían tener las ilustraciones —todas a mayor tamaño y algunas a página entera—. Gombrich tuvo que señalarle que no era tan sencillo, ya que una de las reglas básicas de su libro era no comentar ninguna obra que no apareciera ilustrada junto al texto, haciendo coincidir el comentario con la imagen en la misma página. El cambiar el formato de las imágenes planteaba, por tanto, grandes cambios en la maquetación. De ahí que Horovitz le dijese que se pusiera directamente en contacto con Ludwig Goldscheider, y se encargasen ambos de dar forma al libro.

En el prefacio escrito para la duodécima edición inglesa, Gombrich agradece las atenciones y paciencia que con él tuvieron Bela Horovitz y Ludwig Goldscheider durante varias semanas de intenso trabajo en el año 1949; haciéndole escribir nuevos párrafos para ajustar la maquetación de las páginas, o insertar nuevas ilustraciones con sus respectivos comentarios.

Una anécdota de esta fructífera colaboración es recordada con gracia por Gombrich. Con objeto de dar forma al capítulo noveno, Goldscheider sugirió a Gombrich introducir alguna otra imagen, ofreciéndole para ello una foto de un candelabro de bronce dorado de principios del siglo XII realizado para la catedral de Gloucester y que ahora se encuentra en el *Victoria and Albert Museum*. Gombrich tuvo que improvisar un comentario a esta obra de orfebrería que, posteriormente, tendría insospechadas consecuencias.

Cuando el libro fue publicado en 1950, aparecieron entusiastas críticas en todas las revistas especializadas. Entre ellas destacaba una elogiosa reseña del *Times Literary Supplement* que no llevaba firma. Posteriormente se enteró de quién era el autor de la misma: el director del *Magdalene College* de la Universidad de Oxford y profesor de historia del arte, T. S. R. Boase. Lo realmente increíble es que el profesor Boase citaba como ejemplo de los magníficos análisis de Gombrich el improvisado y casual comentario de éste sobre el candelabro para la catedral de Gloucester. Es más, cuando Boase publicó en 1953 su libro *English Art, 1100-1216* —en la *Oxford History of English Art*— al comentar esta pieza, anota a pie de página la referencia al análisis realizado por Gombrich en su *Story of Art*.

Un éxito inesperado

Aunque es más que dudoso que alguno de los compañeros de Gombrich en el *Warburg Institute* leyera el libro, *The Story of Art* le ofreció una popularidad inmensa fuera de las aulas, siendo decisivo para su posterior itinerario intelectual. Cuando la Universidad de Oxford tuvo que nombrar el *Slade Professor of Fine Arts* para el trienio 1950-53, el profesor Boase —uno de los electores para esta cátedra, ocupada en su día por el gran John Ruskin— le propuso para este puesto. Más tarde también ocuparía la misma cátedra en la Universidad de Cambridge. El nombramiento para Oxford le abrió las puertas a los Estados Unidos, siendo invitado a Harvard y Washington.

Gombrich suele comentar que, con el paso del tiempo, se convirtió en una persona con dos vidas. Para muchas personas era el popular autor de *The Story of Art*, el libro que habían leído en el colegio, o recibido de regalo en Navidades. Para los especialistas, en cambio, era el historiador erudito, el autor de profundos ensayos sobre la simbología de los cuadros del Renacimiento, sobre Botticelli, Leonardo o Poussin, o el experto en psicología del arte.

A través de la mediación del historiador Kenneth Clark, al que habían impresionado sus escritos, fue invitado a impartir las conferencias A. W. Mellon sobre Bellas Artes en la Galería Nacional de

Washington en la primavera de 1956, eligiendo como tema el estudio de la psicología de la representación pictórica, desarrollando algunos de los aspectos que ya había esbozado en su *The Story of Art* años antes. Estas conferencias, junto a otro material docente de las clases pronunciadas en Oxford y Harvard, convenientemente elaboradas, dieron lugar a su obra maestra, *Art and Illusion* (1959), hasta el presente la principal referencia para el estudio de los intrincados problemas psicológicos que suscita la elaboración y posterior lectura de las imágenes pictóricas; texto que aún no ha sido superado, convirtiéndose, tras haberse editado en veinte lenguas, en un lugar común para el comentario y discusión por parte de los especialistas que tratan sobre la pintura, el dibujo o la representación gráfica. Un libro que, si tuviéramos que comentar, daría lugar a otra apasionante historia.

Carlos Montes Serrano. Catedrático de la Escuela de Arquitectura de Valladolid. Junto con Joaquín Lorda Iñarra, profesor de la Escuela de Arquitectura de Pamplona, han difundido, con sus entrevistas, artículos y libros, el pensamiento de Gombrich en nuestro país y en los ámbitos universitarios. Ambos publicaron en su día el primer libro dedicado a sus ideas, *E. H. Gombrich, marco conceptual y bibliografía* (1986); posteriormente el profesor Lorda publicaría la mejor monografía sobre nuestro autor, *Gombrich: una teoría del arte* (1991), y el profesor Montes un estudio parcial de su obra, titulado *Creatividad y estilo; el concepto de estilo en E. H. Gombrich* (1989